

Crítica de Arte

DE MANET A NUESTROS DÍAS.

Con el título que antecede se está exhibiendo en el Museo de Bellas Artes un conjunto de pinturas francesas constituido por obras que van desde los impresionistas hasta los últimos abstractos.

El esquema estilístico podría ser el siguiente:

Impresionistas

Post-impresionistas

Escuela de París

Tendencias no figurativas.

Esquema como se ve demasiado elemental, puesto que en esos grupos las tendencias no guardan siempre similitud. La clasificación de las diversas corrientes del arte nuevo francés no es fácil. Si tomamos a Raymond Escholier, a Basleret o a Maurice Raynal en su recientísima obra *De Baudelaire a Bonnard*, veremos que cada uno de ellos da una norma. En general la constitución de los diferentes grupos es muy parecida. Lo que suele cambiar es la designación.

En las ciento treinta y siete obras traídas a Santiago el panorama de la plástica francesa desde Manet hasta nuestros días está casi completo. El casi es, sin embargo, considerable. Faltan obras de Cézanne, de Gauguin, de Van Gogh y de Degas. Laguna excesiva en la que se rompe la vertebración y la armonía de un movimiento pictórico señalado por su continuidad. No es

posible comprender el paso del impresionismo al cubismo sin la bisagra del maestro de Aix-en-Provence. Tampoco se explica la eclosión de los *fauves* sin tener presente la obra de Van Gogh; ni la de los neotradicionalistas—Serusier, Marice Denis, Vuillard y Bonnard, aquí representados—sin la obra de Gauguin.

En la sección de las últimas tendencias están ausentes los representantes del neorrealismo. Se ha dado todo el predominio a los abstractos.

Antes de referirnos a las obras expuestas queremos detenernos en un punto de importancia. Cierta crítica se ha referido, con motivo de la exposición, a las características raciales, primordiales, de lo francés y se ha caído, como es habitual en el tópico.

Hablar de orden, de medida, de espíritu cartesiano cuando se habla de lo francés y centrar en esos rasgos la característica esencial y única de su estilo es, en efecto, falsear la realidad.

Porque no siempre es así. En la pintura francesa, como ha señalado Bernard Dorival (*La Peinture Française*, 1946), se produce la oscilación peculiar al arte de Occidente. René Huyghe en un ensayo notable (*El arte contemporáneo y la evolución de nuestro tiempo*, «Ver y Estimar», 11, 12, Buenos Aires) ha señalado dos puntos en los cuales esa pintura abandona el campo cartesiano y se hace problemática e inquietante. *Fin del humanismo, quiebra del ideal*: son los dos puntos anotados por el ensayista.

En las obras traídas al Museo de Bellas Artes predomina por cierto el lirismo, la subjetividad, el sentimiento, la libertad creadora, el pathos, la evasión de la realidad, la aversión por lo compuesto. No hay aquí «predominio» de la razón ni exclusiva sujeción a normas.

Tomemos un ejemplo: Manet (representado con *La servidora de cerveza* y *Retrato*). Este pintor supone un primer esfuerzo en la pléyade que rompe los cauces del clasicismo para buscar fuera del gusto oficial la posibilidad de una obra más sincera y que sea reflejo de su propio yo.

Y tan ostensiblemente rompe Manet con el viejo concepto

de norma y de orden que sus obras son rechazadas de los salones oficiales. *Le bon bock*, *Le fifre*, tan tradicionales, son expulsadas violentamente del certamen anual. *Le dejeuner sur l'herbe* y *L'Olympia* levantan verdaderas tempestades. Un hombre solo, Zola, supo comprender al pintor y lo defendió con ardor.

La mayor parte de las obras aquí traídas siguen el impulso de la subjetividad. Entre ellas *En barca*, de Monet, *Parisienses disfrazadas de argelinas* y *La mujer del sombrero*, de Renoir, *Escena de Circo*, de Bonnard, *Retrato de Maillol* y *Retrato de Bonnard*, de Vuillard, *Campesina con cabra*, de Pissarro, y tres paisajes urbanos de Utrillo. Dentro de ese mismo espíritu está el paisaje de Serusier y las obras de los *fauves*: Matisse, *Odalisca de pantalón rojo*; Othon Friez, *Marina y Fábrica de Honfleur*; Marquet, *Puerto de Argel*; Suzanne Valadon, *Naturaleza muerta con violín*; Dufy, Rouault, Desnoyer, etc. Un intento de restaurar el orden se advierte en el grupo de los cubistas, especialmente en *La lectora* de Picasso, perteneciente al período neoclásico monumental. En este grupo debemos incluir a Lhote, a Braque, más inclinado en su tela al cubismo analítico, y a Gromaire.

En las nuevas generaciones vive preferentemente el drama humano. Estos autores han sabido aunar, empero, la proyección psicológica y subjetiva del creador con la visualidad pura, produciéndose lo que un crítico ha llamado «el humanismo abstracto». En la Sala Chile del Museo se ha reunido un grupo que representa en forma cabal las nuevas tendencias del arte francés cuyos rasgos son, en el decir acertado de Víctor Carvacho, «la desintegración analítica» y una voluntad de autopsia. Le Moal, Tal Coat, Buffet Manessier, Van Velde, Walch, Marchand y el numeroso grupo representado, cualquiera que sea la diferenciación individual, expresan el drama y la congoja actual, equilibrado, sin embargo, por el análisis frío y fuertemente intelectualizado de las formas.

La lección dejada por las telas francesas— a pesar de ciertas limitaciones— será útil.—ANTONIO R. ROMERA.